

Domingo 21B TO

“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6, 55. 60-69)

(Diálogo sobre el Evangelio de hoy: Los leales)

José Martínez de Toda, S.J. (martodaj@gmail.com)

Hoy aparecen los primeros desertores de Jesús. ¿Quiénes son?

1. **Los primeros desertores** están en la **gran masa** presente en la multiplicación de los panes. Lo quieren proclamar rey. Pero Jesús no acepta ser rey. Más bien, se esconde. Y aquella multitud, que no ha entendido bien su misión, se dispersa.

2. **Segundos desertores.** Pero algunos de sus seguidores porfían. Entonces Jesús aprovechó para hablarles claramente de su identidad y de su misión.

Él les ofrece el Pan del cielo, que es su carne como único alimento verdadero para el camino hacia el Padre. Al oír esto, muchos comienzan a dudar, inclusive los que se consideraban ‘discípulos’ suyos (Lc 10,1) y se alejan de Jesús.

Tantos se fueron, que Jesús tuvo que preguntarles a sus 12 Apóstoles:

- “¿También ustedes quieren irse?”

Simón Pedro, siempre entusiasta y de buen corazón, hace de portavoz de la comunidad de los discípulos que se mantienen fieles. Y le contesta:

– “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Nosotros ya hemos creído, y sabemos que tú eres el Santo de Dios”.

Y se quedó con Él. Así responden los leales.

Y así respondemos también nosotros. En los momentos más difíciles de nuestra propia vida, necesitaremos llenarnos de valor para responder, como Pedro.

O como hicieron los compañeros de luchas del ex-esclavo Espartaco después de su derrota. Cuando fueron capturados, el militar romano les preguntó: “¿Quién es Espartaco?”. Y todos se levantaron gritando “Yo soy Espartaco”, para protegerle.

Hay muchos otros casos de lealtad ante el peligro del líder.

Y nosotros, ¿somos leales o desertores con Jesús?

Un autor anónimo escribió estos versos, en los que habla Jesús:

<Me llamas Señor y no me obedeces. Me llamas Luz y no me ves.

Me llamas Camino y no lo andas. Me llamas Vida y no me deseas.

Me llamas Sabio y no me sigues. Me llamas Justo y no me amas.

Me llamas Rico y no me pides. Me llamas Bondad y no confías en mí.

Me llamas Noble y no me sirves. Me llamas Poderoso y no me honras.

Me llamas Justo y no me temes. Si te condeno, no me echas la culpa.>

Aquí se ve que uno es muchas veces leal de palabra, pero desertor en la práctica.

¿Hay momentos difíciles en nuestro seguimiento a Jesús?

Hay momentos en que nos tenemos que definir. Te contaré esta historia:

<Durante la Segunda Guerra Mundial los nazis enterraron en una fosa común a un grupo de judíos. Pero un muchacho de unos doce años quedó vivo, y poco a poco logró salir

de la tumba poco profunda. Fue a su pueblo y llamó a las puertas de sus vecinos, que lo conocían; pero al verlo cubierto de tierra, le cerraron las puertas.

Una mujer estaba a punto de hacer lo mismo, cuando el muchacho le dijo: "Señora, ¿no me reconoce? Soy ese Jesús que ustedes los cristianos dicen que aman".

La mujer empezó a llorar y lo recibió en su casa. En ese momento aquella mujer hizo la mejor decisión de su vida> (Félix Jiménez, escolapio).

Amar a Jesús es ayudar al necesitado, aun a riesgo de la propia vida.

Jesús contrapone ‘espíritu’ y ‘carne’. ¿Qué significa aquí ‘carne’?

Dice Jesús: *“El Espíritu es quien da vida; la carne no sirve de nada”*.

La carne simboliza aquí todas las tendencias naturales o afecciones desordenadas (como las llamaría S. Ignacio). Ellas no son malas de suyo, pues han sido creadas por Dios. Pero han sido corrompidas por el pecado original, y hay que tener cuidado con ellas. En ellas predomina el instinto animal, que muchas veces es egoísta, y sólo se interesa por lo de uno mismo de una forma excesiva, sin preocuparse de los demás.

Se pueden resumir en **las tres ‘P’**: Plata (el dinero), Placer y Poder. Las tres se pueden tener de una forma inocente y sabia, pero son muy peligrosas, si ellas mandan en nosotros. José Luis Vethencourt decía que en Venezuela mandaba otra P, la de Prestigio.

En cambio, el **espíritu** viene de Dios, que es amor, generosidad, solidaridad, altruismo. Dice S. Pablo: *“Ustedes, hermanos, han sido llamados a vivir en libertad; pero no la libertad que da rienda suelta a sus bajos instintos; más bien, háganse servidores los unos de los otros por medio del amor”* (Gálatas 5, 13).

El espíritu nos da ilusión, alegría. En la vida hay que caminar con los ojos abiertos del espíritu, que ve más lejos, y de pronto podemos encontrar tesoros. Te cuento esta historia.

<Un agricultor estaba ya cansado de trabajar una tierra que producía poco. Un año, la cosecha fue tan mala que decidió vender las fincas y se marchó a la ciudad.

El hombre que le compró el campo observó que había muchas piedrecitas blancas. Y como siempre había tenido curiosidad por la geología, cogió unas cuantas y se las llevó a un geólogo para que las analizara. Y resultó que las fincas encerraban un gran depósito de minerales, necesarios para procesar el aluminio y otros metales. Así que lo revendió a una gran empresa, y se hizo rico.> (Félix Jiménez, escolapio).

La persona superficial mira con los ojos de **la rutina**, del simple mirón, del curioso, del que se convierte en desertor ante la primera dificultad, es decir con los ojos de la carne.

La persona profunda mira con los ojos de **la superación**, de la fe, de los leales, del espíritu, del ‘Magis’ ignaciano, siempre listo para buscar lo mejor.

¿Hay alguna crisis parecida en el Antiguo Testamento?

La 1ª. Lectura de hoy (del libro de Josué) nos habla de una crisis en el pueblo hebreo.

<Los israelitas comenzaron a adorar muchos dioses falsos cuando iban hacia la Tierra Prometida. Josué les obligó a definirse en Siquén. Y ellos, siguiendo su ejemplo, gritaron:

“¡Lejos de nosotros abandonar al Señor para ir a servir a otros dioses! Porque Él es quien nos sacó a nosotros y a nuestros padres de la esclavitud de Egipto” (Jos 24, 16-17).>

Así debemos reaccionar ante las crisis de hoy contra lo religioso y la Iglesia. El problema hoy en muchos no es el ataque frontal contra Dios, sino el prescindir de Él, no dar importancia a lo cristiano, serle indiferente, pensar que hay cosas más importantes que Jesús.